

ESPAÑA Y LA FRONTERA DE LA MUERTE

Por Agustín Rodríguez Garavito.

Para nadie es un misterio que se ha cumplido la dura sentencia del filósofo germano de que vivimos un mundo crepuscular, "doloroso y sin felicidad". Que las cosas que tenían entidad y las otras, las que hundían sus raíces como hacecillos nerviosos en la buena tierra de los abuelos han sido aventadas por esta "hora del desprecio". Estamos, amigos, en el cenit del éxodo, en el medio día de las lágrimas. Parece un dorado cromo ese mundo antiguo, congelado para siempre en los daguerrotipos amarillentos. Costumbres, ternuras, permanencia, eslabones en la sangre como un rosario místico, todo ha pasado porque nos encontramos vencidos, impotentes ante la máquina. Brujos ahilados, pánfilos, vestidos únicamente de sus huesos, en laboratorios infernales y en noches de acero y metales aspillados, lograron aprisionar la luz que huía con suave deleite y nos dieron la sensación de la felicidad por la máquina, del Nuevo Paraíso donde todos seríamos iguales, porque se había derrotado la tristeza, la ley del trabajo, el áspero caminar, la lenta floración de los besos y de los claveles encendidos. Pero resulta ahora, que esos brujos de la máquina murieron víctimas de su propio invento. Estamos atados a las usinas, a los grandes motores, a los velívolos, pero como los antiguos esclavos en el fondo trepidamente y nauseabundo de los galeones. No hemos podido encontrar ahora tampoco el soñado paraíso.

Marchamos como una inmensa masa gris, arrebañados por la centella, sin los viejos Mitos, sin la candela aldeana de la buena esperanza. Al pretender suplantar a Dios en el espíritu, nos hundimos definitivamente en la tiniebla, en oquedades sin regreso.

Nos encontramos, otra vez, al principio de las edades, pero con el cansancio y el polvo de las estatuas derruidas en las manos pobres de obreros del acero, de orugas del hierro, de mariposas clavadas por el alfiler del tiempo. Los sabios nada pudieron hacer por esta humanidad que, en el fondo, siente por ellos la compasión que se experimenta por los niños, por los

enfermos o por los paralíticos. Tomaron la centella, aislaron el átomo, viajaron más rápido que el sonido y la luz y todo ello para que sintamos más honda, allá en el fondo amargo del corazón, la tremenda pesadumbre de la muerte. Porque es preciso aceptar que ni el paganismo con sus cráteres volcados y sus desnudeces jocundas, ni el Renacimiento, ni el racionalismo escéptico y corrosivo, ni este siglo de la técnica y el gerente, han podido nada contra lo único eterno, esa fuerza misteriosa, ese transfondo alucinante, esa lejanía pero que se vuelve de pronto presencia en la sangre y que se llama generalmente espiritualismo.

El mundo contempló las más bellas rosas antiguas coronadas de rocío, morir en la tarde y dejarnos, como quería Ronsard, un perfumado cadáver de ceniza. Y el gran nieto de Francia que pudo quejarse de que también para la belleza de la mujer llegará el ceñudo invierno y escribió ese soneto donde tiemblan los hielos de la muerte.

Pero lo que sucede es que cada pueblo, cada época del arte, cada uno de los cosechadores de vendimias, se olvidan de que todo fenece, de la caducidad de la gloria, de la arruga como una lágrima en el más puro rostro de mujer, de que incesantemente en este caminar silencioso de la sangre que realiza su oscura tarea de minero a plazo fijo, la biología como una oruga tenaz cumple su cometido. Se alzan nuevas cunas como luces sobre un barco en el Alba, mientras en el horizonte opuesto, caen paletadas de sombra sobre otros seres. Es la ley de la vida, pero más que ella el tributo, la memoria de la muerte. Y ella, su razón sin esperanza, es precisamente la que determina las acciones humanas.

Pero en el siglo XIX, entre cadencias, crinolinas, vales, embrujos, cortes abigarradas, voluptuosidad de los sentidos, estambre cerebral, cosecha carnal como racimos de madreporas, el mundo pareció olvidarse de la Intrusa. Era el tiempo de analizar las sensaciones, de tomar el corazón de las heroínas, para crear la novelística, de envolverlo todo en sedas embrujadas, en largas caricias y agonías más dulces que el arrullo de la torcaz.

Pero en este siglo, desencantado el hombre de su máquina o uncido a ella, como el buey al arado triptolémico, nuevamente se encara la muerte, en el dolor, en el exilio, en la guerra, en los hospitales de mutilados, en los orfanatos, en las viudas, en el mismísimo cordaje de arpa rota y amarga de la luna amarillenta de los cementerios.

Los ingleses, flemáticos, al inventar las primeras máquinas, estaban animados como siempre de una esperanza de orden rigurosamente pragmático: salvar al hombre del dolor y de la

muerte por la maravillosa concordancia de las invenciones técnicas. Para ellos no había nada más importante que la energía motriz, que el nacimiento de la industria, que el Dorado de la Utopía.

En otros siglos, otro pueblo diferente, España, se concitaba toda como un inmenso monasterio para emprender la empresa humana de conquistar las almas por el dón del más allá. Porque la gran fuerza moral del pueblo español estriba en que ha tenido una actitud peculiar, intransferible ante el problema de la muerte. Para el español morir es incorporarse al gran mar de la eternidad. Para esta raza cósmica, todos los problemas del hombre y de la cultura se relacionan directamente con su propia posición ante el total aniquilamiento. Mientras a otros pueblos los encontró la escarcha final con la razón obsesa en la noche cantante de los descubrimientos alegóricos, España ha estado siempre en trance místico, con su numerosa boca enervada por la plegaria. Algunos ensayistas sostienen que nunca ha salido la Península de la Edad Media. Para gentes ignorantes, que viven superficialmente sobre la lisa piel de los hechos, España es un frío monasterio, una ciudad de piedra coronada por la efigie enlutada de Felipe II. Para nosotros es una milicia, una forma digna de mirar el mundo, un concepto que hunde sus luces en el firmamento. Allí el cristianismo tiene peana desértica, porque encara el problema de la muerte. Por eso se diferencia la nación hispana de otros pueblos gélidos, sumidos en la niebla difusa de todos los bizantinismos literarios.

El Renacimiento trajo la novedad de evadirnos del gran problema. Pero no pudo resolverlo, porque la mortaja nace con nosotros y crece al susto y fiebre de la sangre para cubrirnos finalmente. El hombre del Renacimiento tenía terror físico por la muerte. Para quienes todo se resolvía en la frescura tierna de una boca de doncella en sazón de madurez incitante, o en la opulenta línea curva o en el ánfora tallada o en el discurso cruzado de sutilezas y de ingenios, lo peor tenía que ser pensar en la muerte, en su batalla final, en contemplar todo su esplendor reducido a una nave empavesada con la marinería luctuosa de Ultrañumba.

Pero España crecía en ese sentimiento trágico y agónico. No era la muerte para el español del siglo XV un acabamiento, la ruina total de la hermosura, la podre y el horror. No! Para esta raza batalladora era un tránsito, un pasar de este mundo de dolores y egoísmos a gozar de la bienaventuranza, era hallar, por fin, el sentido de la jornada.

La civilización occidental, excepción de España, ha procurado volverle la espalda a la muerte. Por ella, terca, sin prisa y sin pausa, le ha tomado el pulso al mundo. Y es preciso no olvidar que la hazaña más fabulosa de la historia, la conquista de América por España, obedece a ese sentimiento de la vida que tenía el español y que sigue siendo el eje de su vida como pueblo.

Dicen ahora los eruditos que en esa gran hora de la muerte en el siglo XV de Europa, se notan tres rasgos fundamentales que la caracterizan: Un añoranza elegíaca de los grandes desaparecidos, que es el repetido tema del Ubi Sunta: ¿Dónde están los Papas y los Emperadores de otro tiempo? ¿Dónde las hermosas princesas y los caballeros valerosos? Se fueron como "las nieves del antaño", dice Villón, o como "las verduras de las eras", dice Jorge Manrique.

Por eso quienes descendemos del trono hispano, tenemos en grado sumo el sentido de lo elegíaco, de lo fúnebre, de lo nostálgico. Como una zarpa de felpa, como una llovizna pertinaz, como un copo de nieve, hermanamos lo nostálgico, lo elegíaco con lo morado de viernes santo, con la hazaña, con el honor del varón que va cosido a la pollera de su mujer como a una bandera, en fin, derivamos el mismo romanticismo que aún cree en los lejanos caminos que se refugian en los huertos y todavía le entabla pelea a los molinos de viento.

España vistió de negro pero no como una superstición o miedo sino cual alegoría de lo tétrico. Del marqués de Santillana, que por momentos era pagano e italianizaba en lentas uvas sin tiempo, y, en otros era penitente y español y de don Jorge Manrique y de Juan Ruiz, nos viene ese mundo elegíaco, plañidero, que se recrea en el dolor y cuenta la muerte de seres queridos y los alaba por sus dones, por lo que tuvieron de humano, de vital, de agónico.

De ese siglo XV que necesariamente tendría que desembarcar en los AUTOS SACRAMENTALES, inmenso estuario de luces de purgatorio, verdadera Santa Compañía, tremolar de hachones, dramatismo patético, terroroso como la piel de un agonizante. Porque lo fundamental en esta interpretación de España es que la gran nación madre de nuestro linaje espiritual, nunca se ha deshumanizado. Todo español habla siempre en sentido vital, vertiendo de sí un raudal de su propia substancia. Todos los que hemos conocido "asturianos, de rasgos ásperos; andaluces verde-ambarinos, como en la enjuta salmodia garcía-lorquiana; navarros, agrestes, campesinos de resinas y de boinas carlistas; gallegos combados de ternura y lebranza; castellanos ascéticos, senequianos; aragoneses testarudos, combativos y filosos; valencianos que conservan como un olor de oro de sus naranjales maduros; catalanes, levantinos, extremeños sentimentales", no existe tipo alguno que presente esa conformación espiritual de otros pueblos gélidos, quemados por la razón hasta los huesos, incapaces de una locura, cerrados a la comarca de los sueños, hundidos en sus aceites y cremalleras, sin respirar el aire tónico del misterio.

España era una pena de Dios en la tierra. Sus monarcas enlutados que caminan en una lenta procesión de alongadas llamas para el pincel del Greco. Que nos dieron la hazaña de Don

Quijote, caballero sobre la estepa manchega y su contrapartida, el buen Sancho, saco de robustos decires que chorreaba mosto e ingenio, más allá de la locura de su espectral caballero cristiano. Porque el mundo de la muerte está también en la poesía española, teñida de jugos activos del pueblo, está en el redondel de los claveles y las espadas, en el lenguaje lírico cargado de fuerza explosiva, de solera rancia y de riqueza conceptual. Por eso pudo España soltar un día del puerto de la Rábida al Colón de los Océanos, don Cristóbal Colón, a sus desesperados marineros sin horizonte, a sus buenos frailes que abandonaban el parco solar, el gallo que picoteaba luceros, la misa del Alborada, por partir en busca de infieles que cristianar, de almas que llevar al trono de Dios.

Porque, amigos, quien tiene el sentido de la muerte, aquél que ha pasado por todos los climas del alma, en mil orografías insospechadas, es precisamente quien puede dilatar las fronteras del alma en el mundo. El español se sabía tocado por el treno elegíaco como por un agua que flotaba en torno de su sueño. Sumergía su esperanza en otra más encendida de paz infinita, de mundo de Dios donde cada cual sería juzgado por sus hambres espirituales, antes que por sus opulencias terrenas. Que la vida, esta mortal que todos los días se lleva parte de la envoltura carnal que nos habita, es un tránsito, un pasar, un pequeño túnel para desembocar en la gran luz de Dios, en el ancho cielo abierto para los pobres, los humillados y los ofendidos. De ahí la gran hazaña de la Conquista. Es cierto que hubo conquistadores rapaces, ávidos de oro, crueles, que buscaban rellenar sus alforjas aventureras. Pero no es menos cierto que España nos trajo la oración, el idioma, la luz de la inteligencia lógica, el sentido de la cruzada, de misión, de actividad eucarística en el sentido ecuménico del vocablo.

Otros pueblos vencedores nunca quisieron mezclarse con sus vencidos. Bajo su bota ferrada de nuevos amos gemía el despojo, rojo y sangriento. Ni un lucero alumbraba la frente de los caídos. Los españoles vinieron a mezclarse con la sangre precolombina, a participar de su tristeza milenaria y acuática, a esperar la muerte cerca de los ojos en azogue de una india color de mamey. Su sangre derramó en otra sangre y nació una raza. Porque se sabían universalmente herederos del dolor humano, porque en sus poetas, en sus mismos juglares habían aprendido que la muerte como el amor son los eternos niveladores, que en la fosa todos somos iguales, que las criptas, los sarcófagos se humedecen con las mismas lágrimas y que la gran nave del olvido cubre muchos cementerios, como trasunto fiel de la mudable olvidadiza condición del hombre.

Por eso, los españoles se hundieron en las grandes noches americanas, titilantes de luceros, mientras en la sombra el jaguar manchado, el buho afilaba la soledad de la luz, la

naturaleza tropical maduraba y moría en una sucesión de primaveras renovadas. Por algo España tiene la forma de una piel de toro y por algo este animal, como apunta sagazmente don Luis de Zulueta, es el símbolo del hispanismo. Astado, fúnebre, llameante, baja en toda la literatura a beber en la fuente de la muerte. Porque es sangre y ella en sus corales es vida y eternidad.

España animó un nuevo friso, el criollo americano. Por su "memoria" de la muerte. Por su nostalgia sitibunda, por su ciclo y ayuno. El castellano bronco, furioso, todo llanto y ciprés y la Religión Católica, Apostólica, Romana, son la herencia de la universalidad, de su humanidad, de su sentido hondo, crispado y cierto del destino de los seres humanos. Es preciso vencer a la muerte, por el arrullo del amor. En cada hijo que nace ganamos una batalla contra la ceniza. Por eso España es maternal, fuerte y grande. Porque ha vivido hasta la empuñadura el dolor de sus propias soledades, la crispada sensación del universo como puente entre lo precedero y lo eterno.

Por eso sus dos Luises, su Góngora, lento en azúcares de estilo, su Quevedo llamando la muerte, su Teresa como un castillo caminante rumbo al infinito, su Lope de aleluyas, su Cervantes ejemplar, su Ignacio de Loyola con el índice en el cielo de la plegaria, su Cid con su hazaña sepultada, y su Padre de las Casas, sus Cronistas de Indias, su Valle-Inclán en niebla de gestas y noches cruzada de salamandras tétricas, su Gabriel Miró creando una estilística nueva con su gran Cristo aromoso como un frutal, todos han creado una forma de vida porque han tenido una perspectiva vital que se enfoca hacia la tiniebla, hacia el mundo del más allá, cuando despojados de nuestras vestiduras terrenales caminemos en busca de otros cielos más azules que toda la poesía del mundo.

Y es preciso, americanos que comparten la fraternidad del verbo con españoles de todas las vertientes de la Península, que nada es más cierto que el concepto del ensayista mexicano Octavio Paz, cuando afirma que la gran proeza cristiana de España fue precisamente la de otorgarle carta de ciudadanía para el cielo a esas razas precolombinas que, al ser sojuzgadas por Cortés, Pizarro, Quesada, Belalcázar, quedaron sin horizonte para su tristeza.

El Cristo de brazos amorosos fue para ellos una nueva partida de bautismo. Los hizo hombres al igualarlos con los demás, y, aunque en muchos casos hubo crueldad y sevicia de los conquistadores, también es preciso aceptar que esos pueblos antiguos de los cuales descendemos gran parte de los americanos, encontraron en el Dios de los cristianos el fin de la jornada y la zarza bíblica. Se hizo, por ende, la perfecta igualdad entre los seres. Todo ello porque el conquistador tenía un ideal, una

fe, un sentido religioso del mundo. Y se pudieron levantar hermosas basílicas, templos augustos consagrados a Dios. Se purificó a la mujer a través de María, madre de Cristo, dándole el sitio que ella se merece en el mundo.

Porque la mujer es rosa y canción; muro de blancura y valle de ardorosas mieles. Porque el ideal cristiano y quijotesco la levantó sobre la concepción puramente materialista, para hacerla Señora del Ideal, centro de todo nuestro largo sufrir, altura serena de astro embelesado. Porque si muere como todos, ella, por la maternidad ha superado la muerte, derretido sus nieves quebrantando su costillar lunar y pavoroso. Porque se pasó de la locura de la forma, de su desnudez como abyección, a la claridad estética y armoniosa de su vida. Porque ya no pudo ser únicamente el objeto de placer para las manos rapaces del conquistador victorioso, sino que se reconoció su alma, su ideal transparencia, su encanto de jazmín bajo el agua.

Todo ello porque se tiene el concepto del HONOR como el de la muerte. Porque siempre nosotros nos inclinamos con respeto ante esas vírgenes que "como lirios no tuvieron historia". Todos los escritores que han visitado España saben que se trata de una portentosa nación. Próspero Merimé en su Carmen, Teófilo Gautier en su viaje a España, Mauricio Barrés en el Greco o el Secreto de Toledo, Camilo Mauclair, en su Espléndida y Aspera España, Eduardo Caballero Calderón en su Ancha es Castilla, Vossler en su interpretación DE LA POESIA DE LA SOLEDAD ESPAÑOLA, aceptan ese dramatismo, ese patético sentimiento de sequedad, de parva materia, de síntesis entre el Cielo y la Tierra. Sus Cristos contorsionados, tumefactos, cuya agonía gotea sobre el madero afrentoso. Sus vírgenes donde la color toma tintes entenebrecidos o pálidos; sus profecías barrocas; su imaginaria delirante. Su misma danza que vuela como el Cante Jondo, todo es patético, todo sabe a muerte, pero todo espera la resurrección. De la ceniza hemos de retornar algún día en coros de alabanza. Por eso se puede ser ascético o juglar; Don Juan o Misionero en Asia. Vendimiador en todas las bocas o penitente de burdo sayal. En el día definitivo, Dios ha de pesar exactamente nuestras acciones y nuestra conciencia ha de trazarnos la ruta. Dice Arturo Uslar Pietri, el gran escritor venezolano: "El español no piensa en la muerte sino en su muerte. Su visión es la de la danzarina que va incorporando a todos a su multitudinaria danza. Cada hombre tiene su muerte. La suya. La de la soledad. La que con él anda siempre. La que es propia. Y a esa no ha hecho toda la vida sino acostumbrarse a sentirla. A acompañarla sin alegría y sin tristeza, pero sin olvidarla una hora. Concepto, exacto, ceñido a la verdad como la sangre nos habita".

Unamuno nos ha enseñado el hondo y desgarrado sentido estético de la muerte en los imagineros, en los pintores, en los místicos españoles. Quienes llevamos en el espíritu y en la san-

gre esas luces difíciles, sobresalto de nervios, lejanías de oteros, razón y corazón ibero-americanos, sabemos por adivinación cómo es la muerte y las razones de buscar en torno nuestro no a los nuevos ricos, a los potentados del oro, a los tiranos sin orillas, sino a la gleba triste, anónima, con su dulzura muy adentro, metida en el fondo del alma, que sólo se vierte sobre el hijo, sobre la mujer amada, sobre todo lo que tiene dolor que significa raíz y por tanto querencia y permanencia.

Porque encontrar las mejores esencias de España, no aquellas que son piel y luz, superficie brillante y flamenquería, sino las que trabajan a la nación para que busque su destino de gran Madre consoladora, es tarea para gentes sin prejuicios, disciplinadas en el arte de mirar y ver, de detenerse en la contemplación, de hacer alguna vez un examen de conciencia riguroso. Por eso, frente a otros "ismos", sin trascendencia, hemos propuesto la Hispanidad no como conquista territorial, sino como un frente para defender lo mejor del espíritu humano, ya que debemos encontrar las cabeceras de la Historia y no perdernos en copiar servilmente literaturas, artes y conceptos de otros países europeos que sienten por nosotros una compasión comparable a la de la estrella por el renacuajo.

Por eso recordamos hoy, sin que haya sido nunca de nuestro personal agrado la fiesta de toros (manes de Eugenio Noel), a un torero español, Manuel Rodríguez, Manolete, a quien conocimos acá en nuestra Santa Fe de Bogotá, una ciudad católica doblegada bajo la bruma y golpeada siempre por el alado vuelo de las campanas. Manolete era un torero desposado con la muerte. Delgado, enjuto, magro, todo él tenía el índice del Invierno. Para él, el toreo era una filosofía sin prisa. Una estética de finos artifices. Un cedal para las brumas. Recordaba el cielo claro de la poesía de Manuel Machado, el trotar gitano de García Lorca. La muerte serena de José Antonio Primo de Rivera y de Ramiro de Maeztu. Se enfrentaba al toro —toro ibero—, piel de historia, con la fijeza espartana y la línea de un descendiente directo de Séneca. La luz de su traje le cubría de oro. De pronto pasaban los naranjales de Valencia, dulce y almibarada como la piel de un niño. De pronto el azul del Mediterráneo como un lento vuelo de águilas mironianas, o el rojo del Dos de Mayo, de Goya. Y cuando el miura caía abatido y las mujeres de rojas bocas carnosas como sexos deliraban, Manolete se iba, se iba despacio, lentamente, sin recoger un clavel de la Gloria, de espaldas a la locura que pretendía envolverlo. Parecía "un cadáver cubierto de luces". Un año después, en una tarde de Linares, tarde arrodillada en las colinas, llorosa de pena como un arpa tocada por un ángel distraído, un toro le trajo en sus astas a la Muerte como una neblina fosforescente. Pero Manolete, como todo español, la estaba esperando, la conllevaba a su lado, acaso la sentía cerca de sí con aquella macabra rememora-

ción con la cual don Pedro el Cruel hizo sacar del sarcófago el esqueleto de Inés de Castro y lo coronó Reina y lo hizo reverenciar de sus vasallos.

Queremos terminar con un concepto de Raúl Andrade, el gran estilista ecuatoriano y que está bien para cerrar este breve ensayo sobre el tema eterno que nos ha congregado. Ahí está, la Muerte, dice Andrade. "De ella nacen los cuatro ríos cardinales de esta milenaria angustia que tratamos de revisar: hacia el Norte la poesía resbala con su caudaloso rumor de onda transparente y quebrada; hacia el Sur median las negras aguas de la Mística y el estoicismo sobre ellas va flotando como un lirio muerto, el pálido perfil de Manolete; por el Este se desliza el torrente de una imaginaria de espuma con sus pequeños gritos de acuchillado nocharniego; por el Oeste, por último, rumbo al poniente mariner, la pintura de bravíos contrastes deslustrados y matices versátiles como la luz, como la mujer, como el aire. Desde allá, descendemos, hombre y mujer, codo con codo atados, por el confín del tiempo, bebiendo en las cuatro orillas y orillando la Muerte, penetrando en la Muerte, rebasando la Muerte".

Santafé de Bogotá, Enero de 1968.



ADMINISTRACION